

Francesca CENERINI, *Divi e Donne. Mogli, madri, figlie e sorelle degli imperatori romani da Augusto a Commodo*. Angelini Editore, Imola, 2009.

Rosa María Cid López
Grupo Deméter.
Historia, Mujeres y Género
Universidad de Oviedo

Antes de que la historia de las mujeres iniciara su andadura, las princesas de la familia imperial constituyeron un constante objeto de interés entre los investigadores de la Roma antigua. Desde la temprana y curiosa investigación de J. Roergas de Serviez, editada en el siglo XVIII, hasta la publicación de los trabajos más recientes de J. Burns o J. Ginsburg, un gran número de historiadores ha analizado las biografías de los personajes femeninos de la *Domus Augusta*¹. En sus investigaciones, procuraban ofrecer un análisis detallado de las fuentes literarias y, en menor medida, de los testimonios epigráficos o las representaciones iconográficas. Por ello, las vidas de las mujeres de las dinastías imperiales y su protagonismo público parecen constituir un tema ya conocido, aunque los autores suelen repetir una serie de tópicos a propósito de los estereotipos femeninos con los que se pretendió identificar a Livia, Mesalina o Agripina, entre otras. De forma llamativa, tales modelos se han construido a partir de las informaciones proporcionadas por los autores grecolatinos, en bastantes casos aceptadas de manera acrítica.

Gracias a la influencia progresiva de los estudios históricos sobre las mujeres, los planteamientos de la historiografía más tradicional sobre las biografías se fueron resquebrajando y superando, lo que hizo cambiar la percepción sobre el protagonismo de las mujeres de la *Domus Augusta*. En realidad, se llevó a cabo una auténtica revisión de la vida de estas mujeres, desenmascarando los prejuicios de autores antiguos que persistían en los contemporáneos, en el fondo porque unos y otros parecían coincidir en su temor al “poder femenino”². De

1 Véanse BURNS, J.: *Great Women of imperial Rome. Mothers and Wives of the Caesars*. London, 2007 y GINSBURG, J.: *Representing Agrippina. Construction of Female Power in Early Roman Empire*. New York, 2006. Sobre estas y otras publicaciones más antiguas, véanse las valoraciones de CID LÓPEZ, R. M.: “Mujeres ‘poderosas’ del Imperio romano en la historiografía moderna. Algunas notas críticas a las visiones de la Ilustración y su influencia” en FORNIS, C.; GALLEGÓ, J.; LÓPEZ BARJA, P. y M. VALDÉS. M.; *Dialéctica histórica y compromiso social. Homenaje a Domingo Plácido*. Madrid, 2010, pp. 656-701.

2 Aunque estos prejuicios pueden tener otro alcance, como nos muestra F. Cenerini cuándo

este modo, se realizó una labor más rigurosa en el análisis de los testimonios, desvelando el subjetivismo que impregnaba las obras de autores como Tácito a la hora de enjuiciar a las Julio-claudias, o se comparaba esta información con lo que se mostraba en la propaganda numismática o en los homenajes que las comunidades provinciales ofrecían a las mujeres de la casa imperial. Desde estas perspectivas, sí que parece conveniente seguir indagando en la historia de Roma durante los dos primeros siglos de nuestra era a través de las acciones de las princesas, lo que pretende, y consigue con éxito, Francesca Cenerini en su obra, *Divi e Donne. Mogli, madri, figlie e sorelle degli imperatori romani da Augusto a Commodo* Aunque la autora duda de la conveniencia de insistir en estos temas y se pregunta si se puede decir algo nuevo sobre las mujeres de la casa imperial, resulta oportuno profundizar en una cuestión insuficientemente tratada desde la historia de las mujeres y que ha de incorporarse en los estudios de la historia antigua³; a la vez, conviene asimismo que la historia de las mujeres integre los avances del conocimiento de las investigaciones sobre la antigüedad, como nos recomienda la autora italiana.

Como una experta y gran conocedora de la sociedad antigua y de las aportaciones de los estudios de las mujeres, Francesca Cenerini ha construido una obra de gran interés, en la que se ofrece retratos femeninos seguramente bastante próximos a la realidad histórica. En especial, destaca su capacidad para analizar con gran rigor las informaciones de los autores grecolatinos y mostrarnos los intereses que escondían los juicios vertidos sobre las mujeres de la casa imperial, como ocurrió con Tácito, misógino y crítico con el Principado de Augusto. Su pretensión es la de conocer “en qué medida las mujeres de la *Domus Augusta* tuvieron el poder de bloquear o promover decisiones políticas con efectos sobre la colectividad”.

Para llevar a cabo su empresa, por su libro desfilan las mujeres de la familia imperial desde Livia, la primera julio-claudia hasta Marcia, la concubina de Cómodo. Las más notables aparecen con nombre propio en los diferentes apartados de la obra, otorgándoles protagonismo por sí mismas, ya que, en más de una ocasión, estas mujeres figuraron como esposas, madres o pariente de los príncipes como se mostraba en algunas publicaciones que parecían privarlas de identidad⁴. Esta serie de biografías individuales se integran en los diversos capítulos de este libro, cada uno dedicado a las dinastías que rigieron los destinos de Roma desde el Principado, con la imposición de la casa de los Julio-claudios, siguiendo con los Flavios hasta llegar a Cómodo y el final de los

revisa la obra de J. Bachofen para evidenciar como un Oriente feminizado a través de Dido y Cleopatra se opone a un Occidente ligado a lo masculino gracias a Eneas y Augusto (2009, p. 12-13).

3 En este sentido, se defienden perspectivas claramente perceptibles en las publicaciones de María José Hidalgo de la Vega, bien conocidas por Francesca Cenerini, como nos muestra en su obra. Por su proximidad al planteamiento de la autora italiana, de la historiadora española destacan, entre otras, “Esposas, hijas y madres imperiales: el poder de la legitimidad dinástica”, *Latomus*, 62, 2003, pp. 47-72 o “Maternidad y poder político: las princesas julio-claudias” en CID LÓPEZ, R. M.: *Madres y maternidades. Construcciones culturales en la civilización clásica*. Oviedo, 2009.

4 De manera llamativa en la obra de SILVAGNI, U.: *L'Impero e le donne dei Cesari*, Turín, 1927, en cuyo índice no figuran los nombres propios de las princesas.

Antoninos. Como hilo conductor, se utiliza el criterio cronológico para poder observar los cambios en la posición de las mujeres de la *domus* imperial, lo que, sin duda, repercutió asimismo en el papel de la población femenina de la sociedad imperial a lo largo de los dos primeros siglos de nuestra era.

En gran número de estudios históricos, Livia y las mujeres de la familia de Augusto suelen aparecer como auténticos prototipos de los males del poder femenino, que se podían manifestar en una ambición desmedida o en comportamientos depravados y promiscuos⁵. En este sentido, no siempre resulta fácil distinguir estas obras, presumiblemente de carácter académico, de los relatos literarios de novelistas como Robert Graves⁶. Tales apreciaciones apenas figuran en el primer capítulo de la obra de F. Cenerini titulado “L’età Giulio-Claudia”; aunque no se ocultan los testimonios aportados por los autores grecolatinos sobre los adulterios de algunos personajes como las Julias o Mesalina, se prefiere analizar el alcance de su labor política, contextualizando siempre sus acciones y analizando sus consecuencias.

En este capítulo dedicado a la etapa de la dinastía julio-claudia, la autora destaca el papel de “Augusto como administrador del Estado”, imitando el comportamiento de un aristócrata de la república con su propia *domus*. A la vez se enfatiza el hecho de que “el fundador del principado constituyó la *Domus Augusta* como pieza fundamental de ese Estado” y sus miembros, masculinos o femeninos, asumieron un papel público y un gran protagonismo, sobre todo por la importancia de la cuestión sucesoria. Esta familia tenía que “asegurar la descendencia que continuaría garantizando el bienestar del Estado”. Tal ideario político fue compartido hábilmente por Livia, la primera mujer que estuvo en el centro del poder en la Roma antigua y colaboró de forma eficaz en la obra de Augusto. Frente a ella, destacan los ejemplos de Julia y su hija, acusadas ambas de la práctica del adulterio, un *delito* que parece enmascarar tensiones en el seno de la familia imperial; en concreto rivalidades entre Livia y estas mujeres más próximas a tendencias filo-orientalistas. En esta misma línea interpretativa, se cuestiona asimismo la imagen de ser inmoral y deshonesto con que se identifica a Mesalina; frente a estas visiones de la historiografía tradicional, se valora su ascendencia julia lo que legitimaba su posición en la familia imperial, sin olvidar su interés en defender la posición de su hijo Británico como sucesor a la cabeza del Imperio. La omnipresente figura de la madre se detecta finalmente en Agripina la Menor, quien consiguió que Nerón, su vástago, se convirtiera en el último príncipe de la dinastía julio-claudia.

Estas y otros personajes femeninos son objeto de atención para mostrar

5 Tales juicios están presentes en los autores de comienzos del siglo XX, destacando, entre otros, ejemplos como el de FERRERO, G.: *Le donne dei Cesari*. Milán, 1925, una obra con notables ingredientes de texto novelado. Aunque no incorpore una perspectiva propia de la historia de las mujeres, resulta encomiable el tono equilibrado que preside el trabajo de BAUMAN, R.: *Woman and Politics in the Early Empire*. London, 1992, que ha influido de manera notable en bastantes historiadores de las dos últimas décadas que se han interesado en las princesas de la Roma antigua.

6 A propósito del tratamiento de Livia por Robert Graves en su famosa novela, *Yo Claudio*, véase sobre todo, BARRETT, A. A.; *op. cit.*, pp. 10-11 y CID LÓPEZ, R.M.: , “art. cit.”, p. 694, nota 21.

cómo en el seno de la familia julio-claudia, los personajes femeninos carecieron de “*auctoritas, imperium y potestas*, aunque resulta innegable su influencia en los asuntos políticos, aprovechando su posición en el seno de la *Domus Augusta*. En realidad, sólo pudieron actuar como madres y esposas, y “nunca cambiaron modelos de poder; pero si estabilizaban o desestabilizaban el Principado”, lo que muestra, de manera elocuente, ciertos cambios en la posición femenina en la sociedad imperial. Por ello, la autora detecta “una correspondencia entre el reconocimiento de las mujeres romanas y el papel público otorgado a los personajes femeninos de la familia imperial”, una situación que, añade, se manifestará en el culto imperial; en concreto, se honra a las *divae*, princesas divinizadas, por los personajes femeninos destacados de las comunidades provinciales, que intentarán utilizar estos homenajes religiosos para alcanzar protagonismo público y reconocimiento social.

Frente a la atracción ejercida por las Julio-claudias, las mujeres de la dinastía flavia no son tan conocidas y sus biografías resultan menos atractivas, convirtiéndose en las protagonistas del segundo capítulo, “L’età Flavia”. Junto a los parientes femeninos de Vespasiano y sus hijos, aparecen también los casos de las concubinas, como Cénide, ligada al fundador de la dinastía, o Berenice, relacionada con Tito. Pero, ante todo, destaca Domicia Longina, de la que se exhibe su parentesco con Augusto, a través de Antonia la Menor, vínculo familiar que legitimaba la posición de los Flavios y, en concreto de su esposo, Domiciano. Fue una mujer rica, que acabó sobreviviendo a su marido, hasta el punto de ser acusada de participar en el complot fallido de su asesinato. Por la brevedad de esta dinastía al frente de los destinos del Imperio, ciertamente no destacan apenas las acciones de estas mujeres ni por su influencia en la evolución política ni por su repercusión en el resto de la sociedad, salvo cierto interés por aludir a las concubinas, lo que quizá se utilizaba para ensombrecer la imagen de estos príncipes.

Especial atención se dedica a los parientes femeninos de Trajano y Adriano, a los que se dedica el tercer capítulo, “L’età Traiana y Adrianea”, ya que bajo estos príncipes emergen de nuevo poderosos personajes como Plotina, que parecen recordar a las princesas julio-claudias. De la esposa de Trajano destaca su protagonismo en la cuestión sucesoria, que convirtió a Adriano en nuevo príncipe, actuación con la que ejecutaba la decisión de su marido. Con esta princesa empieza a consolidarse un modelo femenino en el seno de la familia imperial, ligado a las virtudes de la fecundidad, la castidad o el pudor, a pesar de que en la vida cotidiana no fuera respetado por todas ellas. Lo importante es su papel en la corte o el hecho de que junto a la esposa o la madre, aparecen figuras como la hermana, la sobrina, etc., con el afán de ampliar el círculo de parientes de la casa imperial. De estas mujeres, destacará asimismo su papel de benefactoras, función que imitarán las habitantes del territorio provincial, como se detecta en la promoción de los *alimenta* para las niñas.

Independientemente de las relaciones entre el príncipe de turno y su esposa en los espacios privados y domésticos, llama la atención el afán por difundir la idea de felicidad en el seno de la pareja imperial, ya que este discurso tenía

poderosos efectos en el ámbito político, como puede verse en el caso de Sabina y Adriano, cuya conflictiva vida conyugal es bien conocida gracias a ciertos testimonios de la literatura greocolatina. De cualquier modo, por medio de una eficaz propaganda imperial, Plotina y sus sucesoras constituyeron un excelente “soporte dinástico en la construcción del poder” y se convirtieron en “eficaces instrumentos de legitimidad” de los príncipes gobernantes.

En el caso de la última etapa, “L’età degli Antonini”, que abarca desde Antonio Pío hasta Cómodo, sobresale el afán de convertir a las princesas en mujeres muy ricas, depositarias y propietarias del patrimonio familiar, para evitar que se incorporara y añadiera a los bienes de la casa imperial. Aunque los autores grecolatinos cuestionan la moralidad de las esposas de estos príncipes, sobre todo las dos Faustinas, de las que critican su arrogancia, y se alude al caso de Lucila, que participó en el fallido complot para asesinar a su hermano Cómodo, paradójicamente se las atribuía una imagen pública ligada a la *pietas*, la *pudicitia* o la *felicitas*.

Tras revisar las visiones de los autores antiguos y modernos, Francesca Cenerini observa una evolución en el papel de las princesas, que liga también a cambios en la posición del resto de la población femenina de la sociedad imperial; en la obra se insiste en su papel como modelos de feminidad para las restantes mujeres del Imperio, quizá con el afán de contrarrestar las limitaciones de su influencia política, sobre todo legales. En cualquier caso, se observa claramente cómo los comportamientos de los parientes femeninos de la dinastía julio-claudia suelen igualarse con los atribuidos a los varones, de modo que a “un mal príncipe corresponde una mala princesa”, como madre o esposa. Y bajo los Antoninos será cuándo se perciba una clara ruptura con el pasado, ya que aparecen “pésimas consortes de los mejores emperadores”, de los que se exhibe su fracaso por su incapacidad para controlar la voluntad de sus esposas, ya que “toleraron que se les dedicaran honores que no merecían”. Lamentablemente para el público lector, la autora finaliza aquí su obra sin proseguir con los poderosos y atractivos personajes femeninos de la dinastía severa, apuntando que se delineaba un nuevo papel de la presencia femenina en el centro de poder con la llegada a Roma de estas mujeres sirias.

Al final del libro, se recoge una frase de Robert Turcan, que parece reflejar bien la opinión de Francesca Cenerini sobre las princesas de la Roma imperial en sus dos primeros siglos; en concreto, reflexiona sobre el hecho de que “el grado de sufrimiento fue proporcional al de su poder, que intentaron ejercer a través del consenso”. Una excelente reflexión final que sintetiza sus puntos de vista sobre las mujeres influyentes en la actividad política del Imperio romano. Fueron “poderosas”, desde el momento en que llegaron a compartir los honores divinos con sus colegas masculinos. Sin duda, la concesión del título de *divvae* muestra el alcance de su reconocimiento público, pero era absolutamente necesario para reforzar el poder del príncipe. En mayor o menor medida, con bastantes desaciertos, los personajes femeninos de las dinastías que gobernaron el Imperio romano quisieron involucrarse en las tareas políticas aprovechando su posición en el seno de la *domus*. Como la autora italiana pone de manifiesto,

sus acciones no merecieron los mismos juicios que las protagonizadas por los príncipes, tanto en los autores grecolatinos como entre los contemporáneos.

Por todo ello, esta obra merece una atenta lectura, ya que se ofrecen explicaciones alternativas a las emitidas por la literatura antigua y la historiografía moderna de tinte tradicional a propósito de la labor de las princesas. El lector encontrará en sus páginas una rica información literaria de los autores grecolatinos que se complementa con la oportuna ilustración de testimonios iconográficos o incluso epigráficos. Destaca asimismo el amplio estado de la cuestión que se ofrece, en el que la autora muestra su dominio de la bibliografía actual sobre el tema, del que se proporciona un listado amplio y detallado de títulos. En suma, nos encontramos ante un libro denso en contenidos y rico en sugerencias, de interés para quienes deseen profundizar en el conocimiento de la sociedad romana antigua a partir de los hechos protagonizados o atribuidos a las mujeres de la familia imperial de las Julio-claudias a las Antoninas.